Kiosko y Más - El Correo - 1 nov. 2018 - Page #31 http://lector.kioskoymas.com/epaper/services/OnlinePrintHandler.ashx?...

ZULET

Un viaje

MANUEL VILAS

Me disponía a buscar mi asiento cuando un señor me dijo que no hacía falta, que el tren iba siempre vacío

EN DIAGONAL

Roma locuta

ROSA BELMONTE

En la última película de Spike Lee, un policía afroamericano de los 70 se hace pasar por blanco ario al hablar por teléfono con el líder del Ku Klux Klan. Cuando tiene que dar la cara, hay que sustituirlo por un agente infiltrado blanco. No habría habido tanto lío (quizá ni película) si el blanco hubiera hecho todo desde el principio. Lo peor de la película es la brocha gorda. Los supremacistas blancos son malos sin matiz, así que no te los tomas en serio, como las teles de España han retratado a cualquier persona a quien le pareciera que lo de la exhumación de Franco del Valle de los Caídos era innecesario o mala idea. Eso antes de la pintura roja y del lío por el posible destino en La Almudena. O lo del Vaticano y Carmen Calvo desmintiéndose mutuamente. Dado su conocimiento pixi del latín tampoco se puede recordar a Calvo lo de «Roma locuta, causa finita» (Roma ha hablado, el caso está cerrado). Pensaría que la están llamando loca.

EN PRIMER PLANO

CARMEN CALVO
Vicepresidenta del Gobierno

Corrección vaticana. La vicepresidenta Carmen Calvo asegura que no se siente desautorizada por el comunicado del Vaticano en el que afirma que «en ningún momento» se pronunció sobre el lugar donde debían ser enterrados los restos de Franco, aunque añade que se mostrará cooperativa con su exhumación. Calvo hizo una interpretación libre de las palabras del secretario de Estado, sin saber que la diplomacia vaticana es por definición ambigua. El Gobierno sigue liado en este delicado asunto.

La importancia de los valores familiares

IGNACIO TORO ARRUE
Presidente de Acción Familiar de Euskadi

La ONG Acción Familiar de Euskadi ha organizado estos días la 19ª Semana de la Familia para sensibilizar a todos los agentes sociales sobre la importancia de la familia en la natalidad, la educación de los hijos, y el desarrollo y la felicidad de toda la sociedad. El gran jurista romano Marco Tulio Cicerón, contemporáneo de Julio César y de otros grandes hombres de la época, pronunció esta irónica frase al hilo de los sucesos que asolaron la República Romana: «Son malos tiempos, los hijos han dejado de obedecer a sus padres y todo el mundo escribe libros». Y el filósofo y poeta liberal inglés John Wilmot dijo otra frase histórica: «Antes de casarme tenía seis teorías sobre cómo educar a los hijos; ahora tengo seis hijos y ninguna teoría».

Las nuevas generaciones perciben los cambios temporales, cada una pertenece a su tiempo, es inevitable. Tanto Cicerón como Wilmut sufrieron como padres la rebeldía de sus hijos, incluso aunque esta fuera razonable. Hoy vivimos cambios importantes, y los valores familiares son claves para el desarrollo y educación de los jóvenes. En el tiempo de las nuevas tecnologías, las pantallas, los smartphones y la comunicación virtual, los valores familiares han de ser el anclaje en los jóvenes para su sano desarrollo hacia la madurez. Los servicios sociales públicos o privados están previstos para los casos de extrema necesidad, pero son los padres los que dejan su impronta en los hijos. En el entorno familiar, los hijos encuentran la base para crecer con solidez. Ven en los padres, en los abuelos y en los hermanos cómo es su comportamiento y qué motiva a cada uno. Y ven todos los elementos que los configuran como una unidad familiar, los valores que cohesionan.

Antes de que nos lo digan en modo teórico, todos hemos aprendido en casa cuáles son los valores por los que se rige nuestra familia. Recuerdo que mi padre no miraba las notas de conocimientos, sino que prestaba más atención a las de la actitud. Era una manera patente de mostrarme que ser una persona buena y trabajadora era más importante que sacar un sobresaliente.

La pedagoga Dolores Masots señala muy acertadamente que los valores viven en el ambiente de nuestra familia como el oxígeno, sin que nadie los vea, pero alimentándonos continuamente: es el sacrificio con que hemos visto a nuestros padres sacar adelante la economía familiar, o la paciencia con que escuchan al abuelo que repite cinco veces la misma historia. Es la fortaleza con que nuestra madre ha buscado empleo, la sonrisa con la que llegan a casa y nos atienden como si no estuvieran preocupados, o los rostros de los padres que contienen las lágrimas cuando rezan para que su hijo enfermo salga adelante.

¿Cómo se hace un hijo laborioso? Imitando el horario y las pautas de sus hermanos y la dedicación de sus padres. Ser puntual, limpio, organizado, ordenado, alegre, servicial, prudente, deportista, ahorrador, generoso..., son valores que cada niño necesita ver reflejados en su casa. Para los hijos, el mejor manual de ciudadanía y la mejor hoja de ruta para la vida es el ejemplo de su familia. Y es en casa en donde un niño debe encontrar la seguridad que da saberse querido, amado, con independencia de cómo sea.

¿Crece igual un niño con valores familiares que sin ellos? En la infancia es clave la solidez de las raíces para un crecimiento fuerte y sano. Los niños necesitan más que nadie modelos para seguir, no solo palabras sino hechos que las sostengan. La primera responsabilidad de la educación de los hijos es de los padres, no podemos delegarla en terceros, ni nos la puede suplantar la sociedad.

Con frecuencia la actualidad mundial puede encogernos el alma, y pensamos que la paz, la concordia, el equilibrio futuro dependen de grandes decisiones que se toman en los organismos internacionales. Pero no es así. Teresa de Calcuta, con su gran capacidad de síntesis, lo expresó magistralmente: «¿Qué puedes hacer para promover la paz mundial? Ve a casa y ama a tu familia».

Hace unos pocos días hice un viaje extraordinario. Salí temprano desde la estación de Atocha con destino al pueblo extremeño de Villanueva de la Serena. El primer tren cubría el trayecto de Madrid hasta Puertollano. El segundo, que fue el que me fascinó y me resultó deslumbrante, iba desde Puertollano a Badajoz, aunque yo me bajaba en Villanueva de la Serena. Este tren partió desde Puertollano a las 11.45 de la mañana, por el andén número 5. Subí al vagón. Me disponía a buscar mi asiento cuando un señor me dijo que no hacía falta que acometiera dicha búsqueda, que el tren iba siempre vacío y que me sentara donde gustase. Vi los vagones vacíos, todos los asientos a mi disposición y el tren era nuevo, o casi nuevo. Cuatro asientos para mí.

Y comenzó el viaje. Los paisajes que veía a través de la ventanilla me parecieron exuberantes, pero aún más exuberantes eran los nombres de las poblaciones que iba atravesando, de una fonética desafiante: Almadenejos, Guadalmez, el valle de Alcudia, Almorchón, Castuera, Campanario. Vi colinas, riscos, planicies, encinas, alcornoques, abedules, pinos, olivos, sauces, algarrobos, y palmeras. Los árboles estaban solos. Especialmente solos o muy solos, como dejados a su suerte. Como si fuesen árboles del siglo V antes de Cristo. No había seres humanos en ningún sitio. En Cabeza de Buey pude ver dos cerdos casi negros, jugando con una botella de agua de vidrio. Se paró el tren junto a ellos, y uno me miró y creo que me sonrió como si fuese un ser humano e incluso como si supiera mi nombre. También vi casas abandonadas, cementerios, viñas, pacas de paja, una bandera de España, gallinas, cactus, ovejas desperdigadas, como si huyeran de algo, decenas de neumáticos apilados, antiguos postes de la luz, depósitos de agua oxidados, un tractor abandonado, caminos misteriosos, hierbajos amarillos (estos hierbajos eran continuos), casas diminutas, otras casas con las puertas y las ventanas tapiadas, pequeñas lagunas de agua turbia, granjas, y piedras de todos los tamaños.

De repente, al salir de Cabeza de Buey, las figuras de los árboles parecían contorsionarse. Los troncos de las encinas se doblaban, buscaban la línea curva. No sabía distinguir si eran alcornoques o encinas. Como viajaba solo, nadie pudo ayudarme a despejar mi duda, pues no volví a ver al señor que me había hablado al principio del viaje, cosa que me resultó alarmante. A un lado de la ventanilla el paisaje era verde y se levantaban altas paredes de piedra; al otro era plano y de un amarillo terco. A un lado había encinas, al otro nada, solo hierbajos y pájaros minúsculos. No había conexión a internet y mi móvil no funcionaba. Estábamos solos los árboles, las piedras y yo, que me estaba convirtiendo, por cortesía, en un fantasma. Pensé en que ni siquiera Bob Dylan vendría aquí a dar un concierto. Pensé en la muerte. Pensé luego en Antonio Machado. Y pensé en mi padre.

pressreader PRINTED AND DISTRIBUTED BY PRESSREADER PressReader.com +1 604 278 4604 COPYRIGHT AND PROTECTED BY APPLICABLE LAW